

Que Pasen
20-VII-68.



Ruiz Hernández y el homen

En la cena, religiosa y patriótica, memorable, que se celebró en Madrid, el sábado 6 de este mes de Julio, en vísperas de la estremecida conmemoración del «18 de Julio» de hace treinta y dos años, el primer español que habló en honor del insigne profesor y acrisolado carlista don Rafael Gambra fue el heroico e inclito cruzado de la España tradicional don Blas Piñar. De todo corazón lamentamos no haber podido—nuestros recursos informativos son muy pobres—obtener el texto del discurso del egregio orador por Dios y por España, paladín y contendiente «inasequible al desaliento». El discurso de don Blas Piñar, en la memorable cena, arrancó constantes aplausos de la concurrencia, elocuente y fidelísimamente interpretada en la sed de decencia, lealtad y unidad en aplicación, cultivo y defensa de los principios y los móviles, en lo religioso, lo social y lo político, del «18 de Julio».

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL «CENTRO DE ESTUDIOS POLITICOS E HISTORICOS GENERAL ZUMALACARREGUI», DON FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

«Te homenajeamos por tu espléndido libro *El silencio de Dios*, uno de esos libros que quedarán entre los clásicos del pensamiento tradicionalista hispano, porque en sus páginas van reflejadas tus dotes magníficas de integridad inabornable, de talento clarísimo, de cultura portentosa, de agudeza casi profética, de análisis depurador de las presentes crisis, de sosegada esperanza inquebrantable.

Por eso en el libro rendimos homenaje a quien lo compuso. Un homenaje que, igual que el resto de las tareas del «Centro General Zumalacárregui», tiene tres características principales: es homenaje sin mezclas de política, es homenaje a los ideales del 18 de Julio y aspira a ser un logro cultural.

Quisiera considerar estos tres puntos, a fin de que muchos llegados aquí para asociarse simplemente a tu gloria sepan el tono de nuestro anhelo al celebrarla.

El presente no es un homenaje político, porque el «Centro Zumalacárregui» no ha hecho, ni hace, ni hará jamás política.

En segundo lugar, al rendirte homenaje, querido Rafael, rendimos pleitesía enervorizada a los ideales por los que tú luchas, que son también los de todos cuantos pertenecemos al Centro: el viejo esquema imperial del servicio a Dios, a la Patria y al Rey. Servicio a Dios que es en estos instantes defensa rotunda de la unidad católica, el más preciado florón de nuestros pueblos, entendida al modo en que la entendieron los magnos teólogos de ese Concilio de Trento, cuyas doctrinas suscribía en su admirable profesión de fe del pasado 30 de junio Su Santidad el Papa Pablo VI, felizmente reinante. Servicio a la patria, entendida en la variedad fecundísima de sus realidades históricas, que son la mejor garantía de la unidad verdadera, y en las libertades concretas de unos fueros donde caben todas las renovaciones sociales justas, pues que si algo no discutí nunca nadie a los tradicionalistas es que no tenemos nada de común ni con los burgueses liberaloides ni con los obreros resentidos, ni con los señoritos sin señorío de hidalgos. Servicio al Rey, porque nuestra monarquía no es ni el extranje-rizante absolutismo del siglo XVIII ni el extranje-rizante liberalismo del siglo XIX, sino una corona de tan anchas dimensiones que un día aureo pudo ceñir la redondez entera del planeta, cuando tenía encima una cruz tan alta que en su cima llega a besar las mismas gradas del trono de Dios, del Dios de las católicas verdades.

Porque triste es decirlo, pero muchos que en tantas cosas coinciden con nosotros están lejos simplemente porque no entienden lo que es la Monarquía nuestra, porque caen en el grosero error de confundir las cáscaras vacías derrumbadas por huecos en 1931 con la Monarquía tradicional, consistente en instituciones estables; una Monarquía en la cual los reyes nunca mueren, porque en ella está sustituido el mito peligroso del genio que parece por el mito sólido de una cadena de monarcas jamás interrumpida, ya que la desaparición de las personas no rompe el derecho más sagrado de los hombres y de los pueblos: el derecho a la continuidad.

Por último, es un homenaje estrictamente cultural. Lo que trae de nuevo el «Centro Zumalacárregui» a las actividades tradicionalistas, nuestra evidente novedad, lo que hace posible estén presentes en él tantos nombres egregios por encima de tantas diferencias personales, es precisamente esta dimensión estrictamente cultural.

A este respecto, una vez más he de proclamar nuestros bien claros objetivos: actualizar la Tradición de las Españas; difundirla por todos los ángulos del cuerpo social, y preparar a quienes la puedan desarrollar en la cátedra, en el periodismo, en todas las batallas del pensamiento.

Bien sé que se nos tratará de ilusos y de locos, de poetas que pierden el tiempo recitando poemas imposibles. Ya sé corre por ahí la especie de que somos soldados estupechos, pero carecemos de minorías capacitadas para el gobierno. Apenas si se nos considera como bomberos utilizables para apagar las llamaradas encendidas por la revolución; como cipayos, y los más cómodos de los cipayos, porque no cobramos sueldo, dispuestos a acudir por puro empuje de idealismo generoso a defender las miradas políticas donde gobiernan otras gentes y en las cuales no habitamos nunca. Ya sé que se nos toma por útiles mastines, a los que se paga con condescendiente caricia en los lomos la defensa de ajenos intereses, tantas veces inconfesables. Sólo servimos para las tensas horas del peligro, porque en la paz se nos niegan incluso los derechos que nos tienen concedidos las leyes y nos vemos forzados a acudir a los Tribunales de Justicia para reclamar lo que ni se regatea

a los que vencimos el «18 de Julio». Que en la historia secular nuestra estamos ya cansados de ver cómo en la ultimísima hora aparece un grupito de presión más o menos místico y más o menos crematístico, dispuesto a administrar para sus provechos la victoria que ganamos derramando sangre nuestra.

Pero esto tiene que acabarse, porque los tradicionalistas somos la encarnación auténtica de la doctrina política española, en palabras que yo mismo tuve el honor de escuchar a Francisco Franco.

Hubo una vez un joven poeta metido a político, tan noble que selló con su vida la ilusión de su poesía española, José Antonio Primo de Rivera, tradicionalista de vocación, ya que no de ideales, que estampó la siguiente lapidaria tesis: «A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay de aquel que no levanta, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!» Haciendo buenas sus palabras, tenemos que decir que en el «Centro Zumalacárregui» no se promete otra cosa que estudiar al servicio de España; que no tenemos aquí cargos ni prebendas para repartir, porque eso queda para aquellas asambleas secretas en las que no se sabe dónde termina la religión y dónde empieza el medio; que aquí no servimos más que a España, nunca a ningún grupo de presión caminante de místicos caminos; que a nuestra independencia española no se la compra ni siquiera con todo el dinero que manejan los Bancos que sufragan la prensa que, por llamarse algo, dice llamarse «independiente». Es que somos tan ingenuamente españoles que únicamente sabemos de la lealtad para con nuestros muertos, hasta el punto de sentir repugnancia, incluso elemental repugnancia física, hacia aquellos que tienen un pie dentro de los recintos rescatados el «18 de Julio» y otro pie en los cenáculos donde se prepara la destrucción de todo lo que el «18 de Julio» significa para España.

La tarea es hoy más urgente que nunca, porque el «Centro Zumalacárregui» tiene unos fines estrictamente culturales y es en el campo de la cultura donde se están acumulando las nubes de la tormenta. El pasado 3 de junio alguien con sobrada autoridad para decirlo decía era llegada otra vez la hora de hacer la apertura a la izquierda. Otro miembro excelso del equipo que rige la cultura española, nada menos que el Rector de la Universidad madrileña, nos hace en «A B C» la apología de la Institución Libre de Enseñanza precisamente porque formaba españoles agnósticos sin fe en España, y hasta tiene la osadía de pedir la reconstitución del Instituto Escuela gineriano. Por lo visto no basta con el ensayo que tuvo lugar en el quinquenio de 1951-1956. Hay que volver a las andadas, hay que retornar a la aventura del suicidio cultural de España, hay que volver a jugarse en la lotería de la estupidéz estas Españas reconquistadas al precio de un millón de muertos. Una actitud, queridos amigos que comulgáis en los ideales del «18 de Julio», que solamente puede ser una de estas dos cosas: o una memez o una traición.

Por eso, en esta hora, en la que la necesidad enlodada cubre el horizonte cultural de negros nubarrones de tormenta antiespañola, yo levanto mi copa en tu homenaje, querido Rafael, con la incommovible esperanza que un carlista sabe sentir en la certeza del final triunfo. Y al brindar por ti brindo por las Españas que soñamos; brindo por nuestra hermandad de tantos años; brindo para daros cita a todos, y en especial a los hermanos catalanes: allá en el mes de octubre, en Barcelona; y brindo por la pasión que arrastra en el servicio al Dios de nuestros padres, a la Patria imperial de nuestros fueros, y al Rey que suscita lealtades parejas a las que ardan en el corazón de aquel hidalgo del Roncal navarro que era tu padre, querido y admirado Rafael. Y nada más.» (El señor Elías de Tejada fue constantemente aplaudido.)

LA INTERVENCION DEL PRESIDENTE DEL «CIRCULO CULTURAL VAZQUEZ DE MELLA», DE MADRID, GENERAL DON LUIS RUIZ HERNANDEZ

Este glorioso militar, ex combatiente que formó y mandó frente al enemigo diversos Tercios de Requetés, generosos de su amor, de su sangre y de su vida por Dios, por la Patria y el Rey, pronunció las siguientes palabras:

«Señores: Sírvame de justificación el que moleste vuestra benevolencia con mis mal hilvanadas razones, el que es ello forzoso, reglamentario, diríamos en lenguaje castrense, en virtud de que hablo en nombre del «Círculo Cultural Vázquez de Mella», cuya sombra augusta y benévola me guarde.

Pero he de confesar lealmente que tratándose del querido amigo y sabio profesor Gambra, a quien tanto debe la cultura patria, en general, y el Tradicionalismo, en particular.

Nada más merecido que este homenaje que se le tributa. Reza un viejo mote heráldico: *Nos beatificamus eos qui sustinerunt*: Honramos a aquellos que se sostuvieron, a los que no cesaron. Y este es el caso de Gambra. Lleva toda una vida densa y fructífera luchando por la causa de Dios, Patria y Rey; sencillamente, contra el mal y la revolución (como hay que entenderlos en lenguaje cristiano y carlista) mediante el libro, el artículo periodístico o científico, la conferencia, la labor callada y persistente de la cátedra.

Innumerable es, como sabemos, la lista de sus trabajos. Pero, aparte de este, verdaderamente magistral, de *El silencio de Dios*, causa próxima de este homenaje, a fuer de representante del «Círculo Cultural Vázquez de Mella», no puedo dejar de mencionar su *Vázquez de Mella* publicado por la Editora Nacional, con prólogo de don Antonio Iturmendi, texto utilísimo para el estudio y divulgación de la doctrina tradicionalista; *La unidad religiosa y el de-*